

Divina Providencia con sus lumen condescendidos a la lo  
por santos, ya sea escuchando sus palabras directas  
mente, ya sea de sus primeros discipulos, ya sea de  
los apostolicos varones que por ellos fueron enseñados  
y enviados a predicar el Evangelio.  
Apóstol de las Españas. Forme que pastores a  
tu lado, ante el Pilar de Zaragoza, entonces un him-  
no de gracias a la Virgen de las Virgenes, por los sa-  
cores que se dignó prodigar a la nación de que has sa-  
do Apóstol y patrono. Elhale que el espíritu que te  
intuio en las orillas del Ebro se aviva y enciende en  
nosotros, y que sepamos todos alcanzar la de cons-  
tante firmeza y propavida con favor apostólico, co-  
mo la firmeza en vida y en muerte, como guidos  
por la gran luz de nuestros santos.  
Pío que no nos deje correr en paz de vana vida  
nuestro cristianismo que sea el pueblo que el evangelio  
el mismo camino de la grandeza, es el del apostolado  
no el apostolado individual, sino el apostolado como  
nación, el apostolado de las Españas. Que algún día tu  
reinas el palacio de este tu pueblo, escogido, y el  
canto que dirige a los peregrinos de todo el mundo  
del mundo, y de donde irán en camino tantas  
hombres a todo el mundo, y en especial a las de-  
votas y santas.



# SERMÓN

PREDICADO

EN LA CATEDRAL DE SAN ANTONIO DE BÉJAR, CON MOTIVO  
DE LA VISITA DEL DELEGADO APOSTÓLICO,  
EL 26 DE ABRIL DE 1903.

---

TRADUCCIÓN DEL ORIGINAL INGLÉS EN QUE FUÉ PRONUNCIADO.



*Vineam suam locabit aliis agricolis qui  
reddant ei fructum temporibus suis.*  
Arrendará su viña á otros labradores  
que le paguen el fruto á sus tiempos.

MATTH., XXII, 41.

*Señor Delegado Apostólico. \**

*Venerables Hermanos en el Episcopado. \*\**

**N**O soy extranjero en esta Catedral. En los últimos veinticinco años, con frecuencia he venido á orar en su recinto y, mezclado á vuestros Obispos y á vuestro clero, he asistido á vuestras solemnes festividades. Una que otra vez os he predicado la palabra de Dios, y me lisonjea el pensamiento de que no habéis olvidado el sermón, que hace precisamente veintidós años pronuncié con motivo de la Consagración de vuestro segundo Obispo, mi nunca bien llorado y querido amigo, el Ilmo. Sr. D. Juan Ne-raz. Hablé de la unidad de la Iglesia, y recordé á mis

\* El Excmo. Sr. Falconio, Delegado Apostólico en los Estados Unidos.

\*\* Los Señores Obispos de San Antonio y Mobila, y los Vicarios Apostólicos de Laredo y el Territorio Indiano.

oyentes la profecía de Jeremías, en que predijo que nuevos Pastores habían de venir juntamente con sus rebaños (Jerem., VI, 3) á mezclarse con el antiguo, y á unirse y amalgamarse hasta formar con él una sola grey bajo el mismo Dueño y Pastor. Dirigiéndome entonces á la grey antigua, me serví del primitivo idioma español, en que los cristianos viejos de estas comarcas aprendieron á balbutir sus primeras plegarias, el cual era entonces, como ha seguido siendo hasta la fecha, la lengua oficial de esta Iglesia Catedral.

Hoy también tiene que ser el tema de mi discurso la unidad de la Iglesia, de esa Viña fructífera, propiedad constante del mismo celestial Padre de familias, pero arrendada á diversos labradores, conforme á los méritos de éstos, á la diversidad de circunstancias y tiempos, á la evolución de las naciones, y sobre todo, á la voluntad suprema y Providencia indeficiente del Señor de cielos y tierra. Esta vez tengo que dirigirme al Representante del Vicario de ese Celestial Dueño y Señor, y que hablar á los nuevos Pastores y al nuevo Rebaño. He escogido, por tanto, el nuevo idioma, á pesar de las desventajas que me trae el no hablar en mi lengua materna. Pero de otra suerte, faltaría á los deberes que me impone la cortesía para con el Excmo. Señor Delegado Apostólico, para con el Clero y el auditorio especial en este día congregado. Por otra parte, no creo ofender en modo alguno á los parroquianos habituales, que conocen todos el idioma de los

nuevos Pastores, y comprenderán por completo el motivo de mi elección.

Precisamente lo extraordinario, selecto y variado de este auditorio, es lo que hace mi tarea tan difícil y casi superior á mis fuerzas. ¿Voy á explicar el Evangelio en presencia de los sabios Prelados y Doctores que me circundan, y conocen mejor de lo que pueden expresar mis palabras, el sentido literal y alegórico del texto de San Mateo que he escogido por tema? ¿Tengo yo bastante derecho para disertar sobre la historia eclesiástica de estas regiones, rodeado como me hallo por sus propios habitantes, que conocen mejor que yo sus cambios y vicisitudes?

Y sin embargo, voy á hacer ambas cosas; pero siguiendo el bien conocido ejemplo de San Gregorio, haré mi narración con tanta rapidez, *eam sub brevitate transcurram*, que pueda dar idea bastante clara á los no profundamente versados en los sucesos y sus comentarios, y al mismo tiempo no cause fastidio á los que pudieran ser mis maestros en hermenéutica y en historia *ita ut nescientibus fiat cognita, et tamen scientibus non sit onerosa*.

¡Quiera el Divino Espíritu iluminarme, y la Virgen Madre concederme su intercesión.

AVE MARÍA.

## I

Fué precisamente el día que siguió á su entrada triunfal en Jerusalén, cuando propuso Nuestro Señor la parábola de la Viña y los labradores. Lo rodeaba no tan sólo el pueblo sencillo que acostumbraba acudir á sus sermones, sino que se hallaba en presencia de sus más encarnizados enemigos, como eran los príncipes de los Sacerdotes y los ancianos de la Sinagoga. Con todo, como no estaba lejos su fin, y se acercaba la hora de las Tinieblas, no tenía que tomar las precauciones que acostumbraba para no ofender á los que espiaban las menores oportunidades para zaherir su doctrina, y se dirigió á ellos con más libertad de la que solía.

«Había un padre de familias (dijo Nuestro Señor), que plantó una viña y la cercó de vallado, y cavando hizo en ella un lagar y edificó una torre, y la dió en renta á unos labradores y se partió lejos. Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus siervos á los labradores para que percibieran los frutos de ella. Mas los labradores, echando mano de los siervos, hirieron al uno, mataron al otro, y al otro lo apedrearón. . . . Por último, les envió á su hijo diciendo: Tendrán res-

peto á mi hijo. Mas ellos lo echaron fuera de la viña y lo mataron.»

Fácilmente reconoceréis en esta viña aquella ciudad querida de Jerusalén, adonde (como declaran los intérpretes) Nuestro Señor transplantó de Egipto sus cepas más escogidas, es decir, los Patriarcas y los Profetas; la cual circundó con triple vallado, á saber, sus murallas inexpugnables, los valientes guerreros que las defendían materialmente y las legiones de ángeles que sobrenaturalmente los protegían. Excavó un lagar, es decir, las sabias leyes que dió á su pueblo escogido, y por último, construyó una fortaleza material y moral, ó sea una torre en el famoso Templo, que aseguraba el socorro del cielo, é infundía terror y espanto en los paganos y gentiles que se atrevían á acercarse. La dió en arrendamiento á los sacerdotes y ancianos, que en vez de cultivar la viña, apedrearon y mataron uno tras otro á los Profetas, y en ese mismo momento estaban tramando la muerte del Justo, del Hijo del Celestial Padre de familias. No es maravilla que cuando Nuestro Señor les propuso esta parábola, y formuló la pregunta: Cuando viniere el Señor de la Viña, ¿qué hará á aquellos labradores? no es maravilla que ellos mismos pronunciaran su propia sentencia de muerte respondiendo: A los malos destruirá malamente, y arrendará su viña á otros labradores que le paguen el fruto á sus tiempos.

Y así sucedió á la vuelta de algunos años: á mal fin vinieron los malos de la Sinagoga, y el Señor arrendó

su Viña á los Apóstoles y á sus sucesores, quienes han pagado en verdad los frutos en las debidas estaciones.

Bien sabéis, Señores, que la Viña significa no sólo la Ciudad Santa de Jerusalén, sino la Iglesia de Cristo. La parábola se aplica igualmente á las Iglesias particulares, ó mejor dicho, á las diversas fracciones de la única Iglesia verdadera, á las naciones, comunidades y congregaciones, que son todas viñas pertenecientes al Celestial Padre de familias, quien las arrienda á los labradores que le agrada, y á ellas envía á sus criados cuando conviene á su Providencia, y cambia vallados, y destruye torres, y llena lagares, según le sugiere su eterna sabiduría. Pero permitidme notar que estos diversos arrendamientos no siempre implican perversidad de parte de los labradores, y que muy á menudo la viña se arrienda á otros agricultores, no porque los primeros hayan matado á los mensajeros del Dueño, ó á su hijo mismo, sino únicamente porque, debido á circunstancias fuera del dominio del hombre, en vez de producir uvas, sólo ha dado uvas silvestres. Jesucristo mismo me autoriza á esta interpretación.

En la parábola que acabo de delinearos, Nuestro divino Salvador tomó sus símiles de un texto bien conocido del Profeta Isaías, que nos es familiar á los sacerdotes del Nuevo Testamento, y debe haberlo sido igualmente á los Príncipes de los Sacerdotes y á los ancianos de la Sinagoga que lo rodeaban. Permitidme repetir sus palabras.

«Cantaré á mi amado la canción de mi primo á su

viña. Tuvo mi amado una viña en un collado muy fértil. Y la cercó de seto y la despedregó y la plantó escogida y edificó una torre en medio de ella y construyó en ella un lagar, y esperó que llevase uvas, y sólo produjo uvas silvestres.»

En esta brillante pintura no alude el Profeta en modo alguno á la menor transgresión ni aun negligencia de parte de los agricultores. Por el contrario, afirma que no se perdonó trabajo, ni se evitó sacrificio, ni se ahorró gasto alguno para convertir aquella viña en un paraíso terrestre. Y con todo, se le afligió con la desolación, se destruyó su cerca, se derribaron sus muros y se dió orden á las nubes que no llovieran ya sobre ella una gota de lluvia.

Señor Delegado Apostólico: la tierra que estáis pisando, fué la extremidad de una viña hermosísima plantada en el Nuevo Mundo por el Celestial Padre de familias hace casi cuatro siglos. Pero llegó el tiempo en que no pudieron ya cultivarla los primeros labradores, y en vez de uvas sabrosas empezó á producir uvas silvestres. Entonces el Señor derribó el antiguo vallado, y construyendo nueva cerca, la dió en arrendamiento á los actuales agricultores, quienes han trabajado con varonil constancia y tendrán todavía que sufrir muchas horas el peso del día y del calor. La historia de esta viña es la que pretendo bosquejaros con toscas líneas, si me concedéis todavía por algunos minutos vuestra benévola atención.